

Poemas

Santiago Montobbio

Ser el final, no tener miedo

Ser el final, no ser ni siquiera el miedo.
No ser ni siquiera eso: sobre un olvido
de astillados nombres y con miradas
que no conocieron patria
la escena ha sido siempre ésta,
la escena de hoy y la de mañana también,
a buen seguro, la de mañana mismo,
ese presumible jueves de febrero
en que no estaré.

...

Tanto amaste tú, sin que diera respuesta nadie
tanto tu mirada regalaste
hasta hacerla incendio y del fracaso
adoptiva madre
que para los desvaídos fantasmas de tu vida
cualquier calle es una enferma.
Porque en verdad tú amaste tanto,
por lo poco que tenías, por tu afónica nada,
tantísimo amaste que parece incomprensible
que la tierra ni un poco se inmutara,
la tierra misma que ahora ha de ser la tierra última,
después del dolor, de los inválidos nombres
injusta otra vez la tierra
en la que ni las soledades me despidan.

...

Por las cornisas de la locura voy
y nada si no yo es el precipicio:

134

sobre los desvencijados telares de los sueños
no hay polvo ni sombra que pudiéramos
trabajosamente arañar ahora
para encontrar así razones
que la vida hicieran fácil,
razones, espejos con nombres o tan sólo
alguna memoria y algún bache.
No hay razones, espejos o siluetas de muchachas
o de nombres. No hay nada aquí, aquí
no hay nadie. Las virutas de unas voces oigo,
de unas oscuras voces que son muchas pero
que sobre un mismo abismo forman una:
el desierto de mis ojos les da nombre.

Hospital de inocentes

El papel en blanco jamás es sólo el papel en blanco:
hablar de eso es hablar fácil, mas no el decir –y es cierto–
que la página en la soledad más profunda consumida
es la vida sin versos o llena de los poemas que nadie,
de los que eres tú, ha de poder escribir nunca.
Porque puede quedarme un amor, una sombra y un olvido,
pero más que eso ha de quedarme un modo
de hacerme daño, hasta el fin y en la noche
un modo de afilar la puntería
para arruinarme y perseguirme
a través de la agotadora y muy extraña cacería
en que soy arma, a la vez presa.

Continuación

Que a la soledad le salgan caries, que tengan
a la vida que cambiarle
la dentadura entera
algún literato imbécil habrá que lo catalogue
de imagen fácil, como si de cuando
la sangre de una soledad escribe
las doctoradas y librescas ratas
algo supieran.

Pero son los precipicios
el único río que no termina, y a la soledad
le salen entonces caries o tal vez
es que sus cansadísimos ojos son mordidos
(eso nunca hemos de saberlo bien del todo)
por túneles y tiempos sin espera
que forman unos superpuestos círculos de ruina
que ni dioses de inimaginables verbos
cifrar podrían.

(Dada la hora que es, o lo que el fracaso
de un vivir o de una noche con demasiado alcohol
en un estómago de miseria pesa, mejor será
que un adiós con color de silencio baste
—es una forma, claro, de decir que en
ningún lugar podréis buscarme).

Sol

Tendremos todo el sol, y tendremos, también,
el tiempo del sol: nosotros tendremos, sí, tendremos palabras
y vida, absolutamente todo eso nosotros tendremos
como caricia bajo el mundo extinto.

Las mentiras, los ráidos sueños (ya lo ves)
que aún pueda soñar decirte son un cigarrillo
que olvido y se me apaga entre los dedos
no quemando. Porque en tu cuerpo o en tu alba
hacia mi amor yacente, tú yacente, y generosa,
no persigo nada. Porque acabé de perseguir,
terminé yo de buscarme. Y no encontrarás nada,
nada ni yacente tú, nada ya en la sombra
de un final o de un fantasma. Mas no quiero despedida,
y sólo por eso aún escribo o aún me anuncio,
de mis gangosos abismos de miseria
hacia el último abismo lleno.

Sombra

Tras los llantos o el último gesto del sol
nada queda. Nada tras los llantos, los versos,
los retratos. Y una sombra dice que fue ella.
(Las sombras, ya se sabe, no quieren tener la culpa
de ser sombras y por eso buscan amantes, asesinas.)
Una sombra dice que fue ella, sin cesar lo dice.
Al mismo sol, al papel mismo, a quien lo escuche.
Pero quizá no fue nadie y quizá fue nada.
Tras los llantos, versos y retratos quizá
136 fue sólo eso. Un nombre triste que se hizo pequeño.
Un nombre sin padres a quien extravió la vida.
Un nombre solo, no vaya a preocuparse nadie,
si fue la sombra de un nombre, la pobrecita,
la sombra de la nada aquella. Mas si nada fue,
y lugar no tuvo, dice que no quiere últimas patrias,
hechas con epitafios de yeso, la sombra ésta.
La sombra que en cada espejo con mi rostro aún veo,
la pobre y esta que aborrece los epitafios y el yeso,
la que nada fue y la que nada pide. Nada.
Sólo nada. ¿No lo oís? Dejádla quieta.

Hiriente y absoluta

En la soledad hiriente y absoluta a la que no he conseguido
nunca darle nombres y entre
sus sábanas que tantas veces
recuerdo son del miedo hay
todavía una arrolladora, inexplicable, casi
vergonzosa ternura que creo
que me asalta los ojos y quizá
en ellos me devora. Pero me es difícil su sonido,
por profundo. Nació acaso en mi luz primera
y sé que estará también en mi noche última:
luz y noche, esos polos simples del rincón
estúpido que es mi vida, luz, noche y torsos
sin cuerpo y con ternura
que es quizá recuerdo
de la que por ella tuve y de la que por mí

quizá ella tuvo, este quedo alambre sobre el tono
de una roñosa canción de radio o a través
de los silencios que en los versos se respiran
luz y noche y la enfermedad extraña
que en mis ojos nacen telares sin sonido
y por la que jamás me bastó el mundo
y por la que siempre estuve
como suspenso en vida.

Los trabajos que me ha dado el despedirme

137

En los ojos y otros muertos lento pesa
el mundo o el cansancio. Y quisiera ya
olvidarlo simple, cegarme fiero y un todo adiós
decir lleno de noches o de ahogadas piedras o mendigos
que no guardasen rabia
hacia los infames engaños
con que en las mañanas del sonido ingenuos
habitables creímos esta vida. Pero del último adiós
hace ahora tiempos tan antiguos
como el de los enterrados amores de las playas
y sé que no puede haber ya piedra o noche
que mis mendigos no hayan con ahínco
infinitamente carcomido. Porque lo que me ha dado más trabajo
siempre ha sido el despedirme. Pero aún así,
desvelado por los derrotados cafés
en que acaba convirtiéndose el ir y venir
de la soledad al miedo, sin saber bien qué
en la nada persiguiendo aún sigo.

En tal tarea

Nadie sabe el silencioso peso de la sombra
o siempre hay quien sufre más, quien con todo el dolor
en una estancada agua no sabe qué dios caído
o qué recuerdo logrará disipar
la risa afilada y fría de la noche.
Y nadie sabe el peso ingrato del otoño
o de la sombra, la nada envolvente y espesa nadie sabe

de quien siempre sufre más, a quien un dolor
le asalta y jamás sabe
de dónde vino ni cómo
se le metió tan dentro, perezoso en marcharse,
muy terco, dolor o demonio de mil caras
que cada paso convierte en ciénaga,
carcomido dolor de excomulgables dagas
que te hace en la sombra ser más sombra
y clausurar nombres y ventanas
en las inútiles procesiones de los días
nadie lo sabe, nadie anuncia
cómo se salva o cómo se le engaña.

138

Manifiesto inicial del humanista

La causa de las palabras, que para nada sirven,
o para vivir tan sólo, es una causa pequeña.
Pero si cada día sabes con mayor certeza
que no sólo repudias las coronas
sino que cada vez te dan más asco;
si en verdad no quieres hacer de tu ya arruinada inteligencia
una prostituta mercenaria que venda sus pechos o su alma
a cualquier hijastro del dinero o si, sencillamente,
poco necesitas y tan sólo te importa soportar
con dignidad la vida y sus tristezas
mejor será que asumas desde ahora
la inevitable condena de la soledad y del fracaso
y que como luminoso o ciego abandono de estrellas
a esa pequeña, muy ridícula causa ya te abracés,
que del todo lo hagas y que en tu habitación vacía
las palabras del fuego sean ceniza, que se asalten
y persigan, que tengan frío, en su noche
a solas, por decir tu nombre.

Huecograbado

Igual que no es ningún genio quien sospecha
que la lentitud venenosa de un otooño
tiene por testigo final a cualquier calle

la tinta de este papel también es la tinta última
y en la improbable forma con que consiga
abrazarme a su mentira jamás podrá
ser más cierta la vida. Pues no
porque se repitan hasta la fatiga
dejo de saber que mis poemas no son más
que los retratos de unos penúltimos suicidios,
el puño que si se abre todas las llagas
de la sombra tiene y también el corazón que suspira
por la sigilosa huida que se transfigura en las ventanas.
Que juntos quizá forman un instante solo y tenso
en lo rojo o en la noche, un pobre tiempo fiero
en el que el corazón aprieta y muerde para que después
la vida se descansa y con igual tristeza
retome mi cintura; instantes de derrotas
y de muros, desangelados arañazos o torpes ensayos
que con insistente timidez anuncian despedidas
estos mis ocres versos en silencio sabedores
de que si de la noche salgo no estoy
en ningún sitio.

Donde quizá el autor explica por qué nunca quiere celebrar su cumpleaños

En nada hay más mentira que en los aniversarios,
que en creer que Dios o el tiempo
para el vivir trabajan
y que en las calles aún quedan
minutos para todos.

Sólo la derrota puede llegar a tener forma de plaza,
y quizá por eso no hago más que pedir prestado
el miedoso yeso de unos ojos
para romperlo mientras finjo
grabar versos ahogados
en el escondido corazón de las pizarras.

Para suplir un envío

140 Pero si yo fuera aún más torpe
y un torpe poema te enviara
quizá sí conseguiría explicarte
por qué sólo creo en quien fracasa,
en el hombre pequeño que no sabe,
en el triste hombre que es el miedo
y también frío, en aquel que no halla
sino nada y que si su nombre dice –un sol barrido–
se ríe en su vacío, y es que si yo fuera aún más torpe
y realizara un envío sí que te hablaría del que no odia
y del que teme y también del que cuando repasa
las inútiles sombras de su vida sabe
que la soledad es una mordaza única, que en ella
nunca fue mucho más que despedida y que a pesar
de haber olvidado las ventanas
a través de papeles y otros atentados diminutos
aún recobra y muerde el rostro
de aquel antiguo amor ridículo.

Memorial para mi único agravio

Haber perdido la vida ya muy pronto,
y en cualquier esquina; haber sentido
cómo escapaba poco a poco
el agua de los ojos,
haber tenido tanto miedo y tanto frío
como para acabar siendo nada más
que miedo y frío. Haber tenido
sombra y garganta seca, haber
tenido o no haber tenido
y no haber sido nunca nada fuera de unos dedos,
no haber, no, no haber conseguido jamás salir
de esta ciudad oscura y siendo sólo
que de la derrota el heredero
únicamente arrepentirme por no haber compuesto,
cuando sobraba el tiempo, un poema que no tuviera
cristal en exceso, un poema sencillo y sin motivo
pero en el cual vaciara el agua su sentido

Poemas

y que una vez enviado por el invisible correo de los huesos
pudieras para siempre ya tenerlo como olvidado amigo
o azulado perro que te diera
buenas noches con la irreprochable
puntualidad de las ausencias.

Tierras

Pues si huérfano estuvo del aire y fue
quien le cercó la noche y no la sangre
y por ser roja cruz el miedo y crepúsculo
espeso ya su arte
ya no guardaba fuerzas
para levantar sobre el papel
aspiraciones de ventana
las tierras del suicida
no han de ser jamás las tierras muertas.

141

A quien leyere

Se equivocan cuando dicen por ahí que soy persona de una gran cultura,
pero como creo que ese falso rumor está bastante extendido
me veo en la obligación de decir antes que nada
que más que eso lo que humildemente tengo
es una molesta, tal vez arrolladora capacidad para la duda
y junto con ella una agotadora predisposición
para en las soledades o la lluvia cultivar
la poco decorosa afición del autoinsulto.
Y aunque empleo la mayor parte del día en detestarme
no por ello se me escapa
que estas mis pobres pertenencias
insospechadamente pueden resultar algunas veces
mucho más productivas que las que algunos me atribuyen.

(Algo así dije al editor que pusiera en la solapa
de aquel libro, y algo así puede darles razón
del curiosísimo hecho de que estos poemas
—aunque se haga difícil el creerlo—
sean aún poemas inéditos).

Cuento

Lo compramos por razones tan tontas como puedan serlo otras.
Creo, no sé, que estaban de moda, que una amiga
de mi hermana ya tenía y –cosa importante–
que no eran del todo caros
en el honesto mercado negro.

Además de viejos no precisaban ya comida
("en su casa estarán como si nada", afirmaba
la cuidada propaganda) y habíamos oído
que a la gente le era útil tenerlos así,
142 hombres olvidados en el rincón de un piso
sin función alguna y a los que nadie saludaba,
y que a una señora del barrio –malas lenguas
dicen que prostituta retirada– le producía
mayor alivio que el psiquiatra
el contarle al que tenía, como quien
los cuelga en una percha, sus por lejanos
ya risibles pecados. Así también nosotros
compramos uno, aunque de poca estatura,
y lo olvidamos en el altillo
junto a un antiguo cuarto de baño.

Era misterioso y útil y extraño, ese saber que estaba
y que no hacía nada por afirmarlo. Pero duró bastantes años,
y por clavarles alfileres mis hijas aprendieron en su infancia
cosas de tanto provecho como el curioso transcurso de la sangre.
Yo lo observé con atención sólo al principio,
pues la inmovilidad jamás me ha fascinado,
pero sí recuerdo que cuando mi nieto pequeño
(que se ha dedicado a las travesuras como trabajo)
lo tiró al fuego pensé, aunque jamás he sabido nada
de ciencia o biología, que su luz
no decía si era bueno o malo
que tomaran forma los fantasmas.

Fin de amor

Aunque para estas cosas he sido siempre especialmente inhábil
supongo que por muy torpe que uno sea

Poemas

al fin y con el tiempo va aprendiendo
y quizá por esto el día en que la despedí
no me olvidé de prólogos ni de fuera nervios
y así me apliqué en encender cuidadosamente
las palabras —¿o con el cigarrillo se hacía eso?—
antes de enseñarle un calloso corazón endurecido.
Y en ese adiós a mí se me acababa el mundo,
pues me parece que entonces yo tenía
una muy exigente y prolija lista
de honestidades, cosa que vergonzosamente
recuerdo con descuido, ya que ahora pienso
que a lo más a que podemos aspirar
en esta vida es a ser dueños
de algunas confusiones. Pero sí: a mí
se me acababa el mundo —tanto la quise, tanto
y mucho— y cuidé los prólogos y apreté su dolor
y recuerdo que me molestó que la escena
tomara los contornos de una postal
hecha de encargo. (Era una calle
estrecha, y para colmo
llovía un poco).

143

Tras el cristal del bar se veían pocos coches
mientras yo me odiaba sintiendo que el adiós
puede alguna vez ser la peor
de las humanas, sigilosas tormentas.

—Pero casi no lloré
porque se me corría el rimmel,

al día
siguiente
explicó a una amiga.

Póstumo

De todos mis amigos
yo tuve la muerte más extraña:

con el alma dislocada
fui silencio por la página.

En vez de escribir otro libro de amor

A absurdas almas pequeñas
no les quedan más balcones antiguos
por los que desangrarse ahora.

Sólo que de nuestros respectivos nadies ya testigos
tenemos silencio y miedo
y rechinar de dientes
contra el futuro amarillo.

144 En vez de escribir otro libro de amor
con lentos ojos te acaricio las piernas
y de pronto entiendo
que la noche lleva toda la vida intentando decirnos
que los sueños siempre están aún un poco crudos.

Para desde ese oculto lugar seguir pidiendo

Mascando sombra y entre ojos tan ciegos
que a nadie los deseo
acostumbradísimo estoy a vivir en mi agujero,
en sus prolijos infiernos, aquí donde
en las tabernas de mi alma
una soledad va consumiendo
la amarga cerveza de sí misma.
Pero si algún día hago un esfuerzo y salgo de eso
no por sabido deja de sorprenderme
el lamentable espectáculo con que la vida
tenazmente se arrincona
en el olvido de sí misma.
Y no me digas eres duro o cosas de este estilo,
si, además de que –gracias a Dios– el seminario está bien lejos,
sólo salir a la calle veo ejércitos curiosos
que sueñan con cosas que no entiendo –me han hablado
de mitológicos ordenadores que se aparean con teléfonos–
mientras fornican, trabajan y se aplastan
consiguiendo resultar del todo ajenos
al misterioso aletear de los geranios.
Almas de mimbre que quemó el asiento,

esquinas que venden –no muy caras–
estúpidas costumbres o cargos que requieren
estar hechos sobre todo de cemento: yo veo
cosas así, y es entonces cuando vuelo
a mis personales infiernos, para alcanzarme
y destruirme y poder desde ese oculto lugar
seguir pidiendo lo poquísimo que espero,
ese poder amarte un poco, sobre la injusticia
de vivir y sin necesidad de que la policía lo sepa
amarnos un poco, entre silencio quizá, desnudos
por fuera para estar por dentro riendo,
tú y yo soñando nosotros para alguna vez
amarnos así, tú y yo ya ves cómo,
desnudos riendo, amor, qué dignamente.

Los pájaros

Ustedes tenían los pájaros, me dijeron.
No, no tenemos y jamás tuvimos, respondí convincente.
Pero no les fue bastante, tercamente hurgaron o insistieron
y entonces me vi obligado a repetirles varias veces
los animales nos irritan también los pájaros
siempre fue así por favor créanlo
pues por su rostro había entendido
que ya estaba aquí la extraña hora
en que son necesarias las explicaciones.
Y aunque por las películas pasadas de moda sobradamente yo sabía
que en momentos así del todo inútil es alegar la propia vía
apresuradamente busqué metáforas y árboles genealógicos,
aquel lejano pariente con el que seguro que usted coincidió
en la milicia universitaria, ¿no lo recuerda?,
o cualquier otra excusa o treta
antes de llegar a la desesperada cobardía
del se lo ofrezco todo tengan este mi pan mugriento
y antes también de que mis manos empezaran
a tomar la curiosísima forma
de unas últimas albas
repujadas en plegarias.
Pero ustedes tenían los pájaros
ustedes los tenían, repitieron con voz

aún más horrible que la del metal extranjero.
Y ya que nadie se tomó la molestia de mostrarme una placa
supongo que como sobre una alfombrada sonrisa
sonó el disparo.